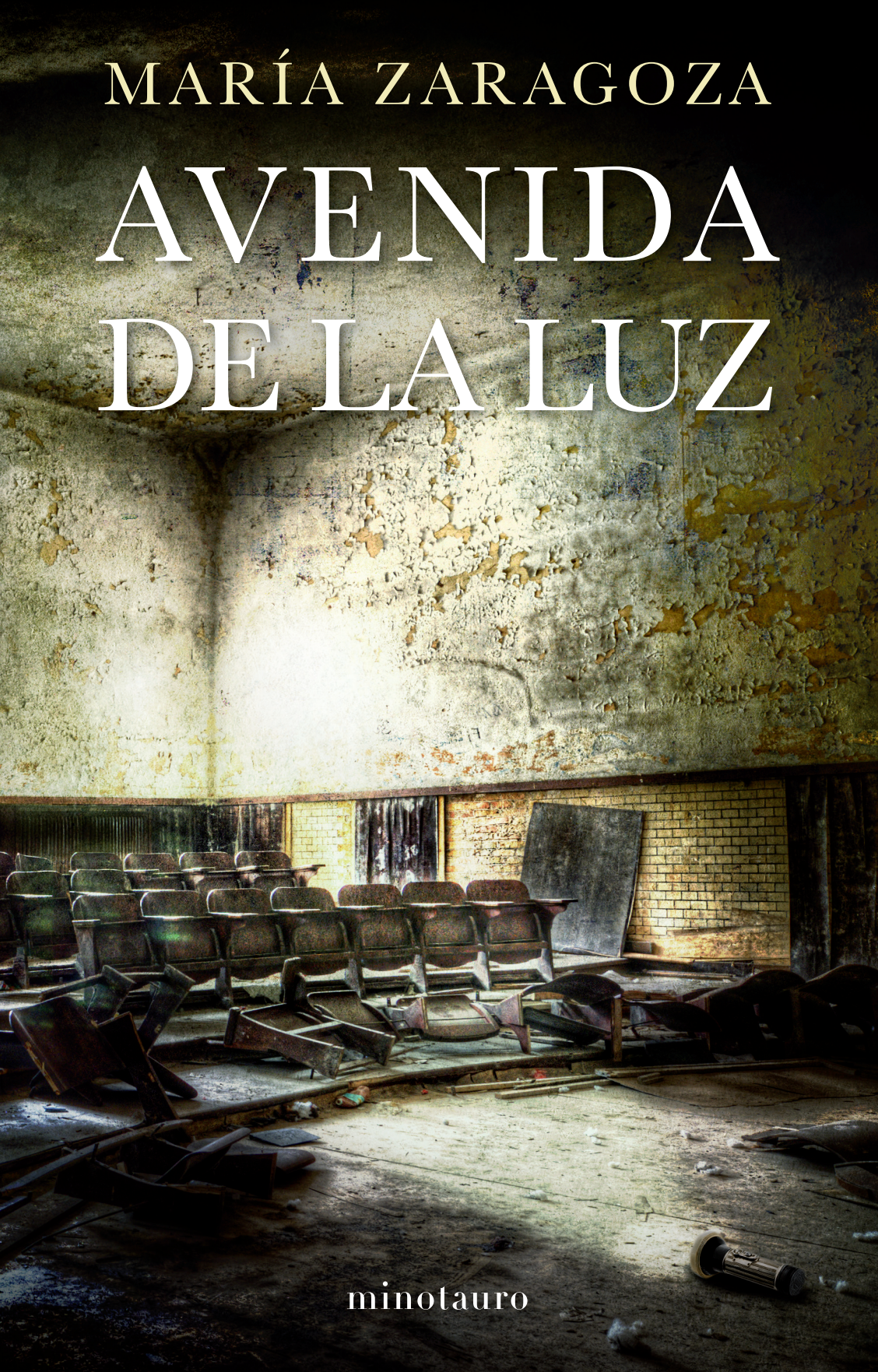




MARÍA ZARAGOZA

AVENIDA DE LA LUZ

minotauro

MARÍA ZARAGOZA

Avenida de la Luz

minotauro

Primera edición: marzo de 2015

© María Zaragoza, 2015

© Editorial Planeta, S.A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0247-6

Depósito legal: B. 4.916-2015

Fotocomposición: Medium

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

HERME PLA, EL INCANSABLE VIAJERO

Era el día elegido.

La chica pelirroja ya estaba allí, vestida de blanco de los pies a la cabeza. Unos minutos más tarde llegó un joven británico, que se quedó observando las arcadas sobre los andenes con una sonrisa en los labios. Sus ojos recorrieron la estación, mirando sin ver a las pocas personas que había en esos momentos. Una pareja de ancianos, una embarazada leyendo un libro, un hombre con una bicicleta, una muchacha sujetando la mano de un adolescente que permanecía oculto tras una columna. Pocos para ser un lugar tan frecuentado. Pere había dicho que no habría casi nadie a esas horas, y estaba en lo cierto.

Era el día elegido, el momento perfecto, y Pere llegaba tarde. A pesar de haber insistido tanto en la importancia de la puntualidad, llegaba tarde.

Pero no era el retraso lo que le preocupaba, sino el convencimiento de que debería haber dado media vuelta y regresado a casa, eso hubiera sido lo lógico. ¿Quién iba a pensar que su padre y su madrastra iban a tener un compromiso justo esa noche? Se lo habían dicho en la comida, y tal vez hubiera tenido tiempo de suspenderlo todo, pero la sola idea le avergonzó. Había puesto tanto empeño y entusiasmo que se sentía responsable del esfuerzo y la ilusión de los demás. Y después de haber hecho que los del grupo de Madrid se desplazaran hasta Barcelona, le pareció una falta de respeto.

Además, estaba el asunto del abuelo. Todo se había precipitado después de la desaparición del abuelo Hermenegildo.

Desde la muerte de su madre, apenas lo veía una vez al mes, y le resultaba inquietante la forma seria y taciturna que tenía de mirarlo con aquellos ojos azules que su madre había heredado y que él, a su vez, había heredado de su madre. A su padre no le gustaba demasiado el abuelo, pero consideraba una especie de obligación que el muchacho fuera a verlo, porque su vida estaba llena de deberes que nunca se cuestionaba, y lo llevaba a Mataró un domingo de cada cuatro. Solía discutir con la tía Águeda, la hermana de su madre, sobre la conveniencia de que el viejo chiflado se quedase a solas con un chico tan joven e impresionable, pero aun así lo llevaba.

El abuelo seguía viviendo en su propia casa y tenía un aspecto mucho más sano del que nunca tuvo su hija o tendría su nieto. Incluso más sano que el de la tía Águeda, que tenía la apariencia de una gallina clueca sobrealimentada y prematuramente envejecida. El abuelo, con sus ochenta y siete años, arreglaba él mismo las averías y seguía entreteniéndose montando y desmontando toda clase de cacharros y aparatos eléctricos para revolver sus tripas o construir con ellos inventos nuevos que resultaban divertidos a la vista, pero que no solían servir para nada. Quizá por eso, o por su capacidad para fabular historias —sospechaba Pere que más por lo segundo—, el viejo siempre había tenido fama de chalado, y la tía Águeda hablaba de las manías de su padre con cierta vergüenza.

—Tu madre sí que me entendía, chaval. Era la pequeña, mi princesita. Ella sí sabía. A ella nunca tuve que mentirle —solía decir el abuelo a Pere cuando se quedaban a solas—. A todos los demás tuve que contarles la milonga de que me embarqué todo ese tiempo. ¿Qué otra cosa les podía decir? Me hubiesen tomado por loco si hubiera contado la verdad. Pero con tu madre sí que fui sincero, ella entendía.

El abuelo Herme se había ganado su fama de venático y volátil cuando desapareció durante diez años. Fue entre 1955 y 1965.

Se volatilizó cuando trabajaba a pico y pala en un proyecto arquitectónico que nunca llegó a inaugurarse, y apareció un día en el puerto de Barcelona, diez años después, como si no hubiera pasado nada, con la misma ropa con la que se había ido a trabajar la mañana en que desapareció. Entretanto su padre había muerto de un ataque al corazón. Su madre se le abrazó llorando y dándole bofetones a la vez, como si no se decidiera entre quererlo u odiarlo. Él, muy tieso, con la apariencia de alguien a quien todo aquello le produjese una conmoción tremenda, fijó su vista en el periódico que descansaba sobre la mesa y perdió el conocimiento.

Estuvo una semana en cama y, al recuperarse, contó que se había embarcado diez años atrás con rumbo a China y otra serie de historias por el océano Índico y los mares del Sur, cada cual más aventurera y descabellada que la anterior. Se había ido sin decir nada a nadie con veinte años; había vuelto con treinta, y ni el tiempo ni la moda parecían haber transcurrido para él. La misma ropa sucia de los cincuenta y las mismas hechuras. Su madre solía decir que parecía que se le hubiese congelado el gesto en su ausencia, porque ni una mala arruga de expresión tenía. Ya entonces ostentaba una poderosa anatomía que ninguno de sus nietos ni sus hijas habían heredado.

—¿Qué iba a contar? ¿Cómo iba a decir la verdad sin que me tomasen por un trastornado? Antes te encerraban en un manicomio por menos de nada, ¿sabes?, y allí te daban manguerazos y *electroshocks*. No podía arriesgarme. Así que mentí. Me acordé de Marco Polo. Yo siempre había querido estudiar y me daba por leer cosas por si alguna vez tenía el dinero o la oportunidad de hacerlo, así que en alguna parte debí de leer que cuando Marco Polo se iba a morir, su familia quiso que confesase que las historias de sus viajes eran mentira. Y él dijo que no había contado ni la mitad. Ni la mitad, ya ves, así que yo me inventé la otra mitad para que no me tomasen por un chalado.

El abuelo se reía y Pere pensaba que en eso de que no lo tomaran por un chalado, el abuelo no había tenido demasiado éxito. Quizá sólo con su madre, que siempre defendió que el

abuelo era un hombre cabal con muchos secretos. Y era posible que el abuelo estuviera convencido de que ella era la única que lo entendía por la forma que tenía de justificarlo.

El abuelo confundía fechas y lugares cada vez con más frecuencia. Su nieto deducía que con los años y con el deterioro de su mente, que no el de su cuerpo porque seguía teniendo la fuerza de un mulo, el abuelo Herme se atribuía cosas que otros habían hecho o contado, cosas que había visto en películas o leído en libros, como propias y experimentadas por él. Incluso de vez en cuando suspiraba:

—Hermenegildo Pla, el aventurero. Si la gente supiera... pero no lo pueden saber.

Sí, eso decía el abuelo. Y también que le gustaría ver el futuro, que ya se sentía muy viejo y que no sabía cómo sería, que lamentaba perderse qué pasaría con el mundo en los siguientes años. Es posible que esa fuera la razón por la que, cuando desapareció, Pere supo enseguida dónde buscar. Era el único, como antes había sido su madre, que creía al menos una parte de lo que contaba el abuelo. O al menos creía que el abuelo Herme se lo creía. Y con eso ya era suficiente.

El abuelo había desaparecido un martes, y él supo, o creyó saber, dónde estaba apenas veinticuatro horas después, cuando fue hasta Mataró para tratar de calmar el ataque de ansiedad de su tía. Y aunque no creía en Dios, casi rezó para poder llegar a tiempo.

No tardó mucho en encontrar la clave, entre los trastos del abuelo, como si lo hubiese estado esperando. Lo había visto muchas veces, en su marquito dorado envejecido, al lado de la foto en la que aparecía un grupo de hombres trajeados tras la maqueta de lo que debería haber sido la Ciudad de la Luz, pero nunca le había prestado mucha atención. Sin embargo, aquel miércoles, el mapita dibujado en un papel que amarilleaba cobró todo el sentido que no había tenido en los cuentos del abuelo.

Por supuesto, Pere había oído hablar de la Avenida de la Luz. Su padre recordaba la primera vez que lo habían llevado allí como uno de los grandes acontecimientos de su infancia, como si se

tratara de la visita a un parque de atracciones. Pero no tenía ni idea de que el proyecto fuera mucho más amplio que una galería subterránea, ni de que se hubiera valorado la idea de construir bajo Barcelona toda una ciudad, la Ciudad de la Luz. Según los relatos del abuelo Herme, que solía acompañar de esquemas que el viejo realizaba a vuela pluma en su raído cuaderno de tapas azules, e incluso de mapas como el que conservaba enmarcado, la ciudad llegó a construirse, pero debido a una serie de acontecimientos fatales, nunca se inauguró. Solía decirle a él, sólo a él, como antes le había contado sólo a su madre, que estaba trabajando en esa ciudad subterránea cuando desapareció.

—Volví diez años después. Mi novia se había casado con otro, mi padre había fallecido, hasta habían inventado la minifalda, ¿entiendes? Las playas estaban llenas de extranjeras medio desnudas y unos melenudos ingleses vinieron a cantar a la plaza de toros de Barcelona. El mundo tal y como yo lo conocía había muerto. Y la única explicación que hubieran entendido los demás es que estuviese muy lejos. Y era verdad, estaba lejos... tan lejos que era imposible regresar.

Hasta ese momento se le había escapado la verdadera razón por la que el abuelo Herme mentía sin cesar, por qué se había inventado toda una vida llena de aventuras imposibles. Pero ahora empezaban a cobrar sentido tantos relatos inverosímiles. Sólo deseaba no haber llegado a la conclusión demasiado tarde.

Con los datos que rastreó en internet fue fácil reconstruir la secuencia. La Avenida de la Luz había surgido como la primera galería comercial subterránea de Europa. En algún momento pensaron ampliarla pero, según la versión oficial, determinados vacíos legales y algunos problemas de licencias frustraron esos planes tras posponerlos varias veces. Poco más se podía encontrar de la Ciudad de la Luz, o como se hubiera llamado, en contraste con toda la información que existía sobre la Avenida de la Luz.

Sin embargo, a Pere no le interesaba la Avenida de la Luz, ya sabía bastante de ella. Su padre era un nostálgico de aquel sitio y a menudo hablaba sobre él, exageraba su época de esplendor y

dramatizaba sus años de decadencia. Él quería saber de la Ciudad de la Luz que no se inauguró. Y casi todo el material que podía encontrarse estaba en los papeles del abuelo, así que ese mismo día se llevó consigo todo ese material sin ni siquiera pedirle permiso a su tía Águeda. Todo menos el cuaderno de tapas azules, que no logró encontrar.

Pere, que siempre había querido ser escritor, recreó el relato del abuelo con avidez, tomando notas y plasmándolas en bocetos y croquis, y aunque resultaba confusa y extravagante, cuanto más avanzaba, más le parecía que tenía algo de mágica y evocadora. No le hubiera sorprendido que Hermenegildo Pla mezclara en su cabeza las vivencias de entonces con las novelas de Julio Verne o Edgar Rice Burroughs que había leído en su infancia, y que luego le había leído a su madre para que esta se las leyera a él. Porque a pesar de todos sus hallazgos, Pere seguía preguntándose si el abuelo no se lo habría inventado todo.

Incluso cuando internet le dio suficientes motivos para albergar una duda razonable, siguió pensando en la casualidad, en la sugestión, en ese deplorable exceso de imaginación que siempre había perseguido a su familia materna, y que su padre toleraba con gruñidos y malos modos.

Buscando más información sobre un lugar que parecía tan nebuloso e inasible como la mítica Atlántida, un tanto frustrado por el agujero negro que parecía haberse tragado todos los datos al respecto, encontró una foto antigua, en concreto del año 1955, que mostraba al grupo de ingenieros y albañiles que hicieron las primeras prospecciones para llevar a cabo la ampliación de la galería comercial. Y en esa imagen, al fondo, con la cabeza un tanto gacha, reconoció el gesto que él mismo hacía cuando veía una cámara, y se tropezó con los profundos ojos inquisitoriales del abuelo.

Supo de inmediato que era él, sin ningún género de dudas, porque tenía el mismo aspecto que exhibía en la fotografía de su boda con la abuela. Se le encogió el corazón, y tuvo un momento de excitación, un instante en el que todo cobraba sentido: supo

que el relato del abuelo era cierto, o que al menos lo era en buena parte. O simplemente por unos segundos quiso creerlo y fue suficiente. Es curioso cómo pasan a veces las cosas.

Basta un instante de sorpresa o de iluminación para que la vida cambie por completo.